

# CHILE

## EL TERROR

**A**l Sur de Concepción, cerca de Temuco, existe un lugar denominado Panguipulli. Es una región accidentada, en los primeros contrafuertes de la cordillera de los Andes, donde los hombres pueden esconderse con mayor facilidad que en la llanura. El Ejército chileno lo sabía perfectamente.

Desde siempre la vida ha sido dura con los aproximadamente quince mil campesinos pobres de Panguipulli. Un aislamiento casi total, ninguna asistencia médica y pocas cosas que llevarse a la boca. Una vez en el poder la Unidad Popular, los campesinos, encuadrados en el M. I. R., se apropiaron de todas las tierras. Tras el golpe de los generales, los militantes de las proximidades acudieron a refugiarse en esta zona. El Ejército ha decidido llevar a cabo en la región una gran operación de limpieza para recuperar otra vez las tierras, para demostrarles a los campesinos que los tiempos habían cambiado y

también para impedir que los izquierdistas perseguidos pudiesen llegar a Argentina por los pasos de la montaña.

Tres mil soldados han rastreado el sector. Desde los helicópteros han disparado sobre los cam-

peños como si se tratara de conejos. La Aviación dio remate a la operación a base de napalm. Seis días después, todo había terminado. Las víctimas pueden contarse por centenares.

Al principio, en Santiago no se sabía nada de historias como la

represión militar. Ya no se trata de esos rumores abultados y tergiversados que acompañan indefectiblemente a la violencia real. En un primer momento se pudo pensar que los generales golpistas iban a contentarse con barrer a la Unidad Popular y preparar el

camino para algún poder burgués. La Junta obedece, por el contrario, a la lógica implacable de su máquina. Se embala. Tal vez hasta perderse. Pero entre tanto...

Panguipulli no es la única zona, lejos de Santiago, donde se han efectuado operaciones de limpieza. Otro tanto ha ocurrido en Arauco, cerca de Concepción. Allí han intervenido también tres mil soldados, encargados de «educar» a los campesinos. Sobre otras operaciones desarrolladas en zonas rurales del país estamos menos informados, aunque sabemos a ciencia cierta que han tenido lugar.

La represión generalizada, durante y después del «putsch», no ha afectado únicamente a los civiles, militantes o no, sospechosos o no. Si el Ejército chileno da la impresión de marchar como un solo hombre, es porque le han disciplinado antes de que él se disciplinase a su vez al pueblo. Los elementos dudosos de la Marina fueron los que más sufrieron. El

### LOS EXCESOS DE LOS MILITARES DENUNCIAN SU DEBILIDAD REAL: LOS GENERALES DE SANTIAGO TIENEN MIEDO.

Violentos y ciegos en los primeros momentos después del golpe, los métodos del Ejército fueron afinándose poco a poco, precisándose en función de los fines perseguidos.





# CHILE

general Leigh, seguro de la Aviación que él mismo comanda, desconfiaba también del Ejército de Tierra, varios de cuyos oficiales han sido detenidos. Los primeros días, varios testigos oyeron disparos de fusilamiento procedentes del interior del cuartel santiaguino de Buin, al otro lado del río Mapocho; y se sabe que no se trataba de civiles a los que

los militares hubiesen hecho prisioneros en la ciudad. Lo mismo ha ocurrido con los carabineros, a los que la Junta no estaba segura de poder arrastrar consigo en cualquier momento. Para poder limpiar bien era preciso antes de nada un Ejército limpio.

Desde el mismo 11 de septiembre, los helicópteros lanzaron octavillas sobre los acontecimien-

tos militares, «Unidad del Ejército igual a unidad de la patria». Y para el que no entendiese tales sutilezas: «Todo hombre sorprendido vistiendo uniforme sin haber sido encargado de realizar alguna operación será fusilado inmediatamente». Los generales tenían un miedo loco de sus oficiales progresistas «a la peruana». Los generales no podían tolerar que

vacilase un solo regimiento, pues en ello le iba la vida al nuevo régimen. La primera fase del terror exigía hombres bien disciplinados. Nada de parásitas segundas intenciones.

En las «poblaciones» (1) la represión ha sido muy intensa. Un sacerdote que vive en una zona relativamente moderada, políticamente hablando, ha contado quince muertos después del paso de los soldados. En esas otras «poblaciones» más comprometidas como las bautizadas «Ho-Chi-Minh» o «¡Asalto al cuartel Moncada!»... Los habitantes de Alegría ofrecieron poca resistencia; tan sólo unos cuantos disparos efectuados por desesperados. Los cazabombarderos del general Leigh sobrevolaron las barracas casi a ras de suelo. Enloquecidos, los habitantes mandaron subir a los tejados con trapos blancos a guisa de banderas a las mujeres y los niños. Creían que la Aviación no dispararía. Se equivocaron.

Poco después, metódicamente, el Ejército de Tierra rastrelló todos los focos de resistencia. En otra población, los soldados irrumpieron en las barracas. «Señalarnos a los rojos, a los revolucionarios...». Los militantes, bromistas, indicaron al peor momio local. Pero los más débiles terminaron cediendo. Al paredón, los extremistas. Lo mismo pasó en diversas fábricas, donde los espías del Ejército habían localizado, ya antes del golpe, a los militantes. En la S. U. M. A. R., empresa textil nacionalizada, hubo oposición. La fábrica fue entonces cañoneada por los carros. En el ataque murieron gran parte de los obreros.

Ahora Santiago. Varios testigos, entre ellos un cura y el enviado especial de «Newsweek», vieron numerosos cadáveres en el depósito. Cadáveres recientes con heridas de disparos hechos a bocajarro, o, por el contrario, cuerpos extrañamente mutilados. Un amigo al que los militares registraron el apartamento, tiene tal vez la clave. «Yo —le confió un teniente cuya confianza había sabido ganarse—, cada vez que registro la casa de algún rojo y oigo protestas, lo primero que hago es lanzar una granada y cerrar la puerta...». De ahí también los cadáveres que flotaban en el río Mapocho.

Se trata de «errores» cometidos durante las operaciones de rastreo. Violentos y ciegos en los primeros momentos después del golpe, los métodos del Ejército fueron afinándose poco a poco,



Si los generales llegan a tales extremos, si no se contentan con la simple eliminación política de la izquierda, si no se quedan en el solapado parafascismo que más o menos se preveía, es, sin lugar a dudas, porque tienen miedo. No quieren correr el mínimo riesgo.

(1) «Poblaciones»: Asentamientos provisionales de grupos de población chilena.



Sin embargo, aunque ocultos o adormecidos por el instante, aunque se hayan quedado sin muchos de sus deudos o compañeros, lo cierto es que ese cuarenta o cincuenta por ciento de chilenos que votaron por la Unidad Popular siguen ahí. Para mantenerlos bajo el yugo, no habrá que hacerles la mínima concesión...





## La caída del cabello es silenciosa pero la caspa avisa

Siempre empieza así. Un ligero picor, un poco de polvillo blanco, ha llegado la caspa. Para Vd. es un problema social por encima de todo, la caspa da un aspecto sucio, desagradable. Y Vd. procura eliminarla como sea: lavados continuos, champús muy detergentes, etc.

Parece que ha resuelto su problema, pero... Se ha fijado en estos cabellos que caen todos los días? Al principio eran unos cuantos, ahora... Entre la caspa y los productos inadecuados está Vd. acabando con su cabello. Así de claro.

Entonces qué se puede hacer? En primer lugar, enterarse de que la caspa, es una enfermedad del cuero cabelludo causada por agentes múltiples: la suciedad ambiente, un mal funcionamiento glandular, etc.

En segundo lugar, debe Vd. usar diariamente un producto científico, que ofrezca todas las garantías. Nosotros lo tenemos. Es Pantén.

Pantén contiene una sustancia activa, el Pantyl<sup>®</sup>, factor vitamínico B que activa la formación de células en el cuero cabelludo, da al pelo las vitaminas necesarias para su normal desarrollo, elimina la irritación de la piel y por tanto la caspa.

Una fricción diaria basta para que Pantén penetre a fondo y mantenga su acción durante horas, vitaminando su pelo desde la misma raíz, Dándole la flexibilidad, el brillo,

el aspecto limpio y sano que nunca debió perder.

Empiece hoy mismo. Haga que Pantén tome la iniciativa ahora que está a tiempo.

Le aseguramos que la caspa nunca va a tener que avisarle de que algo no anda bien en su cabello.



# PANTEN

tiene vitaminas porque su pelo las necesita

precisándose en función de los fines perseguidos. Menos asesinatos al azar, más psicología...

Dos ejemplos de los «métodos violentos» inicialmente empleados en la ciudad. La Universidad Técnica era un importante centro de la U. P. El Ejército la atacó inmediatamente y con la máxima dureza. Según un joven holandés, testigo directo de lo sucedido, unos cuantos militantes habían tenido la ingenuidad de refugiarse en ese edificio con sus familias. Los soldados los hicieron correr en círculo por el patio. De cuando en cuando derribaban a alguno. Uno de los así asesinados fue un niño de diez años. En la U. N. C. T. A. D., el mismo 11 de septiembre, en el gran edificio donde trabajaban funcionarios de la Unidad Popular, los soldados buscan armas, aunque sin éxito. Las armas habían sido evacuadas por un túnel. Furioso, el oficial ordena fusilar a doce empleados.

Todo eso ocurrió mientras que los periodistas del mundo entero aguardaban en la frontera a que se les abriesen las puertas del país. ¿Una matanza? No exactamente... Cuestión de vocabulario. No ha habido una exterminación en masa «a la indonesia». Más bien, un Ejército de 70.000 hombres que golpean con implacabilidad a un pueblo al que consideran todavía peligroso, para dejarle K. O., sin defensas. Y después de destruir, se construye. En las comisarias, la tortura científica va poco a poco sustituyendo a los fusilamientos espontáneos; el espionaje y la intimidación sustituyen a la ira ciega. El terror va por buen camino: ahora los golpistas pueden esmerarse, apuntar a las mentes a la vez que a los cuerpos. De ahí las pesquisas, las humillaciones, las quemaduras de libros...

Ultimamente, los golpistas centraron su atención en la Univer-

sidad. Era de esperar. Los profesores, más o menos liberales, habían sido ya perseguidos. Un profesor, cuya dirección me habían comunicado en París, tuvo la imprudencia de criticar levemente a los militares en presencia de sus colegas. Ahora está en la cárcel. Alguien entregó a la Policía una cinta grabada con su intervención. Así se hacen las cosas en Chile. Ahora la Junta gobierna y toma medidas generales.

Todos los rectores de Facultad han sido «dimitidos». Sus puestos los ocupan ahora «rectores» militares nombrados directamente por Pinochet. Incluso las Universidades católicas, que no dependen del Estado, sino del Arzobispado, sufren las consecuencias de esta depuración general. Este hecho resulta casi cómico si tenemos en cuenta los manifiestos ditirámicos que a expensas propias acababan de publicar varios consejos de Facultad católica en la prensa podrida de la Junta. «Estamos de todo corazón con los oficiales, cuya hombría y espíritu caballeroso extirparán de raíz la lepra roja...». No preveían que ellos mismos iban a ser extirpados. Algo parecido ocurrió con el ex rector de la Universidad de Santiago, Boeninger. En octubre de 1971, Boeninger, demócrata-cristiano de derechas, enfurecido con la Unidad Popular, fue a la Casa de la Moneda en compañía de algunos colegas a provocar a los carabineros que allí montaban guardia. Quería hacerse fotografiar como mártir de la libertad intelectual. Después del golpe, nada dijo. Nada dijo tampoco de los fusilamientos de «rojos». Ahora protesta. Como Eduardo Frei. Pero demasiado tarde... La Universidad va a ser objeto de una «solución especial», y de ello va a ocuparse el general jubilado Danyau.

Así, al filo de los días, Chile aprende a vivir bajo la Junta y a agachar la cabeza. Se tortura para descubrir a los dirigentes que aún permanecen ocultos y «echarlos» a los Tribunales militares, que los juzgarán a puerta cerrada. Con material de escucha procedente de los Estados Unidos se interceptan los teléfonos. Se ha publicado un decreto sobre los «ladrones de coches»: todo individuo sorprendido conduciendo un coche ajeno puede ser fusilado inmediatamente. Esta medida estaba dirigida contra los funcionarios de la U. P., que conducían coches oficiales. Otro decreto sobre el «sabotaje verbal» en los lugares públicos, que puede ser castigado con la muerte inmediata.

En una palabra, cualquiera puede ser fusilado por cualquier motivo. En Valparaíso hay ochenta sospechosos en peligro de muerte por «haber tenido la intención de atacar los cuarteles». Se pone precio a la cabeza de los líderes de la U. P.: quinientos mil escudos pieza. Todos los trabajadores «sospechosos» se quedan sin empleo. Y el respetable Corvalán, secretario general del partido comunista chileno, amenazado de muerte por alta traición y... tráfico de drogas. A tal efecto, el Buró de Narcóticos americano está preparando un «dossier». Todos los jefes de la U. P. se dedicaban al tráfico de heroína para comprar armas con las que matar a los generales y ciudadanos honestos... Es la prensa la que lo dice. Tal es el clima que reina en Chile. Si los generales llegan a tales extremos, si no se contentan con la simple eliminación política de la izquierda, si no se quedan en un solapado parafascismo, que más o menos se preveía, es sin lugar a dudas porque tienen miedo. No quieren correr el mínimo riesgo, no per-

mirarán que nada ni nadie se mueva: la mínima agitación podría desencadenar una reacción en cadena, un contraataque. Sólo tienen una solución para gobernar: el terror absoluto. Mas para gobernar, ¿a quién?

Sin duda alguna, los trabajadores y toda la izquierda chilena están hundidos, hechos trizas, desmayados. Sin embargo, aunque ocultos o adormecidos por el instante, aunque se hayan quedado sin muchos de sus deudos o compañeros, lo cierto es que ese cuarenta o cincuenta por ciento de chilenos que votaron por la Unidad Popular siguen ahí. Para mantenerlos bajo el yugo no habrá que hacerles la mínima concesión, convendrá no dejarles ningún término medio entre la sumisión absoluta o el fusilamiento. Esto puede ser factible durante algún tiempo, pero sólo durante algún tiempo. Hoy por hoy, la huelga equivaldría al suicidio; el «tupamarismo» no ofrece demasiadas perspectivas, el sabotaje podría fácilmente convertirse en pretexto para represalias. Pero, ¿y después?

Incluso los democristianos, incluso los americanos, empiezan a preocuparse por las consecuencias de un golpe que ellos mismos favorecieron, al que dieron su bendición. El propio Chile anti-comunista no marcha como un solo hombre detrás de los generales, sobre todo en lo referente al sector económico. Una vez que los burgueses hayan digerido su odio, cuando los obreros hayan tenido tiempo para recobrar el aliento, es inevitable que se produzcan fallos en el dispositivo, y que con ello se abran nuevas perspectivas para la resistencia. Los generales golpearán sin misericordia, pero así sólo conseguirán aislarse aún más. A la postre, no conseguirán destruir a todos los chilenos que los odian. Aun cuando lo intenten desesperadamente como ahora. ■ J.-F. H.

Hoy por hoy, la huelga equivaldría al suicidio, el sabotaje podría convertirse en pretexto para represalias, pero, ¿y mañana?...

